Territorio y Comunidad: memorias, desafíos y esperanzas en el norte andino

El norte de Chile es mucho más que un paisaje de cerros ocres, quebradas profundas y cielos infinitos. Es un territorio donde se cruzan historias antiguas y contemporáneas, donde el trabajo duro de los pirquineros convive con la espiritualidad de los pueblos originarios, y donde la naturaleza lucha por mantener su equilibrio en medio de desafíos ambientales crecientes. Hablar de este lugar es hablar de su gente, de su memoria viva y de la esperanza colectiva por un futuro más respetuoso con la tierra.

Voces de la tierra: pirquineros y trabajadores mineros

En la mina Los Colorados, ubicada en una zona de altos cordones montañosos, la vida cotidiana está marcada por turnos largos, madrugadas frías y el sonido constante de la maquinaria. Richard Cubillos, jefe de turno, describe el vínculo casi familiar que se forma entre quienes comparten jornadas de hasta 12 horas en faenas desafiantes:

“Acá somos como hermanos. Cuando alguien tiene un problema, paramos todo y vemos cómo ayudar. La seguridad es lo primero, porque queremos volver a nuestras casas sanos.”

Richard recuerda un incidente que marcó su carrera: un camión minero de más de 100 toneladas quedó colgando en un botadero, con riesgo inminente de volcar.

“Mi liderazgo se puso a prueba. Tenía que pensar con la cabeza fría. Apliqué el protocolo, llamé a la brigada. El operador salió ileso. Esa noche me costó dormir, pero sentí que hicimos lo correcto.”

Estos relatos muestran no solo la dureza del trabajo, sino la solidaridad que caracteriza a los pirquineros y operadores de maquinaria pesada, quienes —pese al cansancio— mantienen vivo un sentido profundo de compañerismo.

Identidad local: la comunidad diaguita y el sentido de ser andinos

En medio de las quebradas, comunidades diaguitas se organizan para reivindicar su existencia y su cultura, desafiando el olvido histórico. Una dirigenta lo explica con claridad:

“A mí me invitan a actos diciendo ‘vamos a invitar a los que habitaban este territorio’, pero yo digo: ¡yo todavía existo! Nunca dejamos de existir, seguimos aquí. Somos pueblos originarios vivos.”

Esta misma mujer diaguita cuestiona el origen del nombre que se usa para describirlos:

“Diaguita no se llamaba Diaguita. Fue un geólogo que investigaba y puso ese nombre. Nosotros somos andinos, porque vivimos bajo la cordillera. Los nombres como Mapuche, Aymara, Diaguita, nos dividen, pero somos todos pueblos originarios.”

En encuentros comunitarios, se habla del kay pacha (mundo terrenal), el hanan pacha (mundo superior) y el uku pacha (mundo interior), conceptos presentes en la chacana, la cruz andina. La comunidad planea instalar orientaciones solares con cuarzos de distintos colores para marcar el norte, sur, este y oeste, y también construir un inti watana, un reloj solar que conecte el paso del sol con la vida cotidiana.

“Así no solo recuperamos ceremonias, también enseñamos a los niños que el sol, la tierra y el agua son parte de nosotros”, explican.

Celebraciones y encuentros: el retorno del sol

Cada 21 de junio, con el solsticio de invierno, las comunidades andinas celebran el retorno del sol. En Chile, coincide con el Día Nacional de los Pueblos Indígenas, establecido para reconocer la cosmovisión de quienes habitaron —y habitan— estos valles mucho antes del Estado.

Una profesora local relata cómo llevan a estudiantes a observar cómo el sol proyecta sombras sobre pequeños intiwatanas improvisados. “Así entienden que nuestros ancestros miraban el cielo para sembrar, cosechar y organizar la vida. No es solo historia, es ciencia y cultura viva.”

Problemáticas socioambientales: minería, agua y reforestación

Sin embargo, el mismo territorio que sustenta estas historias enfrenta desafíos ambientales serios. La minería a gran escala, indispensable para la economía regional, genera preocupación por la contaminación de napas subterráneas, la generación de relaves y la pérdida de flora y fauna nativa. Los cambios en el clima se sienten en el retroceso de vertientes y la disminución de lluvias, afectando la agricultura familiar.

Un agricultor de la zona relata:

“Antes llovía en invierno y la tierra quedaba lista pa’ sembrar. Ahora llueve menos, y tenemos que depender de regar con canales que cada vez traen menos agua.”

Por eso, surgen iniciativas de reforestación con especies como el algarrobo, el chañar o el molle, plantas resistentes que ayudan a fijar el suelo y mantienen la humedad. Organizaciones locales también promueven talleres de compostaje y reutilización de aguas grises, pequeños pasos para un cambio que se espera sea sostenible.

Hacia una convivencia respetuosa

El desafío de estos territorios es encontrar un equilibrio entre el desarrollo económico, la protección del medioambiente y el fortalecimiento de las identidades locales. Para muchos, este camino pasa por educar a las nuevas generaciones en el valor de la tierra y sus saberes ancestrales.

“Hay que enseñarles a los chiquillos que nosotros somos parte de esta tierra, no dueños. Si aprendemos eso, vamos a cuidarla mejor”, reflexiona una mujer mayor, mientras muestra orgullosa las plantas medicinales que cultiva en su patio.